SUMARIO DEL TAWANTINSUYO

POR LUIS E. VALCAROEL

Alrededor de cinco siglos antes del descubrimiento del Perú por los españoles se inició en el valle del Cuzco una confederación de tribus keswas. Eran pacíficos agricultores que vivían en comunidad, adorando al sol y bajo el gobierno del hermano mayor.

Pasaron largos años antes de que la unión de clanes cuzqueñas alcanzara poderío y se expandiese en todas direcciones. Tenía al sudeste el atajo de los fuertes y aguerridos pueblos del Kollau; al oriente los grupos indómitos de la selva y al noroeste a los fieros Ch'ánkas, rivales seculares de los keswas de este lado del río Pampas.

Mas, cuando fueron destruídas las barreras, los confederados del Cuzco pudieron llevar sus armas hasta las riberas del Pacífico por el poniente y hasta las márgenes del Madre de Dios por el este. Costó mucha sangre sojuzgar a kollas y chankas, así eran de indomeñables y animosos.

La tribal confederación del Cuzco, al consolidarse en poderosísima nacionalidad, transformóse en Tawantinsuyo o Las Cuatro Regiones que así fue llamado el imperio probablemente por la fusión de los cuatro grandes dominios que tenían por centro Kosko, en la Capital de los Inkas.

Eran estos dominios:

a) El Kollasuyo — provincia de los kollas, señores del altiplano del lago Titikaka, considerado como "la gente primera" que pobló el país, (actual departamento de Puno).

b) el Kentisuyo — provincia de los adoradores del fuego, habitantes de la zona volcánica, azotada por frecuentes movimientos sísmicos. (Arequipa)

c) el Chinchasuyo — provincia de los que rendía culto al "chinchay" (un felino), cuyos habitantes se extendían hasta el mar. Los Naskas estaban incluidos en este grupo.

d) el Antisuyo — provincia de los antis, feroces regnícolas del bosque oriental, que nunca fueron totalmente sojuzgados.

Probablemente bajo el X Inca Pachakuti, el Tawantinsuyo llegó a su apogeo. Se hizo la segunda fundación del Cuzco, construyéndolo con arreglo al estilo arquitectónico que creó la cultura incaica.

Los últimos monarcas consumaron el definitivo triunfo del Imperio sobre todas las naciones vecinas, incluyendo bajo su soberanía a naskas y chimus, tribus "barrocas" que habían llegado al período postrero de la civilización, viviendo en grandes urbes como Chan Chan y Kasamarka-killa. El Sapan Inca o Solo Señor del Cuzco era temido y reverenciado por una mitad de Sudamérica. Son evidentes las profundas influencias que sufrieron pueblos tan alejados como los de Colombia y Chile de esta brillante cultura nacida en el Cuzco y desparramada por la enorme extensión de la América austral.

El imperialismo cuzqueño que proclamaba el culto supremo del Sol, inka de los cielos, y el gobierno único del jefe de jefes, Intipchuri, Hijo del Astro Rey, aseguraba su eficacia política por el siguiente sistema:

A.—La gran vialidad.—Trazado de caminos troncales del Cuzco a Quito, por la Sierra y por la Costa y de vías propias de cada pueblo que iban a desembocar en aquéllos.

B.—La colonización recíproca.—Permutando gentes de la tierra recién conquistada con grupos castizos de la comarca keswa. Este intercambio aseguraba una próxima fusión étnico-política.

C.—La lengua oficial.—Se imponía como idioma general del Imperio de aprendizaje obligatorio para todos los habitantes del pais, el Keswa, lengua oficial de los Inkas.

D.—Acuerdo entre centralización y autonomía tribal.—El vencedor no depuso ni al dios ni al jefe locales, los conservó; pero, junto al Kuraka (reyezuelo) estableció a su propio delegado, y sobre el penate o totem particular situó a Inti, la mayor divinidad del Imperio. Además, los hijos de los kurakas se educaban en la corte, y las efigies de sus dioses lares eran puestas en el gran templo del Cuzco en perpetua subordinación al Sol.

E.—Carácter de las conquistas.—Los inkas no entraban a sangre y fuego en los pueblos que vencían. Era desconocido el saqueo y penado con la muerte el soldado que se apoderaba de algún objeto o producto en trance de guerra. Lejos, pues, de destruír los vencedores beneficiaban a los grupos dominados, construyendo para éllos canales de regadío, terrazas, puentes y caminos, depósitos públicos, etc. y adiestrándolos en la agricultura y demás industrias de que poseían tan desarrollada técnica.

F.—El Tributo.—Como testimonio de acatamiento y acto de señorío, todas las gentes incluídas en el Inkario tributaban al monarca y éste exigía el tributo, consistente no sólo en frutos de la tierra sino también en artefactos y productos de la industria.

El Imperio, que había extendido tan considerablemente su fuerza política era, en su constitución interna, un modelo de sociedades.

Ninguna organización de las que han desfilado por la Historia logró mayor suma de medios y factores para asegurar la dicha a todos los asociados.

Conciliáronse los dos principios comunista y monárquico, dando por fruto un verdadero paternalismo de Estado, a la vez que una sociedad regulada por los principios de cooperación y solidaridad.

El trabajo desposeído de su carácter de carga y desplacer por la hábil graduación del esfuerzo, constituyó una ley universal a la que nadie faltó. La energía humana canalizada por sabios directores fué capaz de acometer y realizar las obras más portentosas, ante cuya magnitud quedan empequeñecidas cuantas significaron orgullo y pasmo de Egipto y de Roma.

Sorprendido el secreto de la actividad deportiva en que juego y trabajo son una misma cosa, los Inkas prodigaron esfuerzo como el atleta su destreza, proponiéndose y salvando los más difíciles problemas. Desde la pieza de tejido en que el artista pone doscientos hilos en cada centímetro cuadrado de urdimbre hasta el grandioso camino de mil doscientas leguas—del Cuzco a Quito—trazado por las cumbres de los Andes. ("Obra de Inkas" podía decirse, mejor que "Obra de romanos").

La vida que este gran pueblo desarrolló al aire libre, ante la imponente presencia de sus sagradas montañas, era de plenitud de goces saludables.

Incomprensivos, quienes pertenecemos al urbanismo occidental somos incapaces de juzgar la alegre confianza, el placer de vivir, que es la esencia de la vida inkaica.

Por la impresión desoladora que nosotros—hombres de la civilización europea—recibimos en el paisaje de los Andes queremos medir la tonalidad psicológica del indio de ahora, y después retroceder al Imperio. Labor de falseamiento que ha inventado al Inka triste y gemebundo, paria en una tierra inhóspita, bajo el látigo del despotismo.

Un estudio más profundo nos acerca a la verdad, y aquella patria de ensueño, digno pais de la Utopía, que había inventado Garcilaso de la Vega el mestizo va adquiriendo los caracteres de una realidad histórica inconmovible.

El descubrimiento de testimonios arqueológicos remisibles a tiempos anteriores al Imperio del Cuzco no debe significar mengua para esta gran cultura por él representada.

Esos datos no acusan más que el hecho evidente de que la raza andina floreció no una sino muchas veces.

A medida que se ensancha el lejano pretérito hasta confundirse con la nebulosa de los orígenes, la Epoca Inkaica se concreta, adquiere lineamientos definidos y se puede intentar con éxito, por el historiador, una cronología, es decir, la fijación de los hechos en las tablas del tiempo.

La sorprendente conformidad entre la mayoría de los cronologistas españoles que bebieron sus informaciones en distintas fuentes, sobre asuntos de cuantía mayor o menor, como la sucesión de los emperadores, el número de éstos, las hazañas de cada uno, etcétera, demuestra que hay un acervo de acontecimientos verdaderos que pueden constituír la trama de la Historia Inkaica.

No sólo podrá trazarse la biografía de esta cultura sino aún las semblanzas de algunos de sus grandes reyes. Son figuras llenas de inmortalidad la de ese soberbio Inka de la resistencia cuzqueña,